

SESENTA AÑOS NO ES NADA. Recuerdos del épico partido entre Argentina e Inglaterra en el Mundial 66 (23 de julio de 1966)

Klaus Gallo

Doctor en Historia Moderna por la Universidad de Oxford

Profesor Asociado en la Universidad Torcuato Di Tella

En marzo de 1966 llegué a Inglaterra con apenas cuatro años, junto a mis padres que se disponían a iniciar sus doctorados en Oxford. El barco nos depositó en el puerto de Southampton, la misma ciudad donde por entonces todavía descansaban los restos de Juan Manuel de Rosas, hoy repatriados. Tres meses después de nuestro arribo comenzaba el Mundial de Fútbol, que ese año se jugaría precisamente allí. Mi padre, gran apasionado por ese deporte, consiguió entradas para el primer partido, en el que la Selección argentina derrotó a España por dos a uno en el estadio Villa Park de Birmingham. Todavía tengo imágenes vívidas de su retorno a casa ese día.

Es el único registro de ese Mundial que guarda mi memoria. No recuerdo, en cambio, todo lo que ocurriría durante el resto del torneo, ni siquiera los ecos del polémico partido de cuartos de final en el que Argentina se enfrentó a la escuadra anfitriona en el mítico estadio de Wembley. Años después mis padres me contaron las sensaciones intensas que les provocó ese cruce, durante el cual nuestra selección fue eliminada. No solo eso. Supe además que nuestros jugadores fueron tildados de *animals* por el técnico inglés después del encuentro, en el cual el capitán del equipo argentino resultó expulsado durante el primer tiempo.

El partido se jugó el 23 de julio en la Londres de los *swinging sixties*, en medio de un clima cultural efervescente que se percibía en los jóvenes hippies, en los negocios de ropa glamorosa de la emblemática King's Road y en el fervor musical generado por bandas de rock surgidas poco antes, como el caso de los Beatles y los Rolling Stones. El fútbol no era ajeno a la agitación general y la selección inglesa era la gran favorita para conquistar la copa por primera vez en la historia del fútbol de ese país.

En Argentina, mientras tanto, la situación era muy diferente. Tras el golpe militar de fines de junio de ese año que derrocó al presidente Arturo Illia, se vivía un clima sombrío. Las expectativas generadas por el equipo nacional para el inminente torneo actuaban como una suerte de antídoto para el malhumor y la resignación de la sociedad. El equipo permitía ilusionarse, especialmente porque dos años antes, en una “mini copa” disputada en Brasil, había derrotado a Inglaterra, a Portugal y a los propios brasileños, últimos campeones mundiales.

En la escuadra inglesa descollaban Bobby Charlton, la gran figura; Bobby Moore, defensor de gran jerarquía y capitán del equipo; el talentoso mediocampista Alan Ball, y el centrodelantero Geoff Hurst. Por parte de Argentina se destacaban los defensores Roberto Perfumo y Silvio Marzolini, el aguerrido mediocampista defensivo Jorge Solari (“el Indio”), el fabuloso armador Ermindo Onega y los delanteros Luis Artime y Oscar

“Pinino” Más. Pero fue su capitán, el recio y desgarbado Antonio “Rata” Rattin, quien se transformaría en el gran protagonista del día.

Juan Carlos “Toto” Lorenzo, el técnico argentino, había alertado a su capitán que podía solicitar un intérprete de ser necesario. Pasada la media hora inicial del partido, Rattin no dudó en hacer uso de esa prerrogativa después de que el árbitro alemán cobrara una seguidilla de faltas en contra de Argentina. El pedido obligó a demorar el partido y el referí, de apellido Kreitlein, visiblemente molesto por los reclamos incesantes del capitán y de otros jugadores argentinos, decidió expulsar a Rattin.

Una vez que aceptó la decisión, el “Rata” se dispuso a abandonar el campo de juego y en su resignada caminata hasta el túnel de acceso a los vestuarios, no perdió la oportunidad de mirar de modo desafiante a los espectadores ingleses que le gritaban de todo. Al acercarse a uno de los banderines del córner, revestido con los colores de la bandera británica, la agarró con su mano y estrujó con desprecio. Era la primera vez en la historia que se asistía a la expulsión de un jugador en la “catedral del fútbol”, como se conocía al estadio de Wembley.

Argentina jugó buena parte del partido con un hombre menos, y pese a la tenaz resistencia de los jugadores, faltando poco más de diez minutos Hurst sellaba el triunfo inglés con el único gol del encuentro. Al finalizar, los jugadores argentinos rodearon al referí y le recriminaron duramente su decisión. El técnico inglés, Alf Ramsey, intentó evitar que sus jugadores intercambiaran camisetas con esos rivales a los que, en la conferencia de prensa posterior, calificó de animales. Poco después, la FIFA decidió introducir las tarjetas amarilla y roja para dar un marco reglamentario a amonestaciones y expulsiones.

Con tres goles de Hurst, Inglaterra conquistaba su primer Mundial tras derrotar por 4 a 2 en la final a Alemania. No fue sin polémica. El tercer gol inglés no pareció haber traspasado la línea de gol. La delegación argentina retornó al país y fue recibida cálidamente por numerosos hinchas en el aeropuerto de Ezeiza y agasajada por el presidente de facto Onganía en la Casa Rosada. ¿Y mis padres? Supe mucho después que, junto con un grupo de compatriotas residentes en Inglaterra, enviaron una carta de lectores al diario *The Times* para quejarse de la actitud del técnico y de parte de la prensa inglesa hacia la selección. Nunca supe si llegó a ser publicada.

Recursos adicionales

Video: EXPULSIÓN DE ANTONIO RATTÍN WEMBLEY 1966

<https://youtu.be/OmhXwoAXn0A?si=OOw8qDRJtmxslyR1>

Para ampliar el tema de la relación Argentina-Inglaterra a través del fútbol: Gallo, Klaus, *Las invasiones argentinas. Nuestros futbolistas en Inglaterra*. Buenos Aires, 2017, Ed. Planeta

<https://www.planetadelibros.com.ar/libro-las-invasiones-argentinas/249181>